

tro hacía aprender á sus discípulos un pequeño catecismo que contenía las reglas principales del arte de montar, y éstos á su vez lo enseñaban á sus hijos. Así fueron perpetuándose las doctrinas de una en otra generación.

Una de las obras antiguas que ha sobrevivido se titula *Caza del venado*, data del siglo XII, y es un poema que contiene quinientos treinta y dos versos de ocho sílabas, escrito en forma de diálogo, constituyendo un tratado completo de montería.

Las fases del arte de montar fueron variando á medida que cambiaban las costumbres. Á las grandes batidas de los tiempos del feudalismo, que se verificaban por los dueños del señorío en sus vastos dominios, sucedieron otras llamadas á *título*, que es como si hoy dijéramos á *predio*, sistema especial subordinado á la excesiva división del territorio. Las provincias constaban de una infinidad de fincas ó predios perfectamente deslindados; y los dueños, enemigos entre sí, é independientes los unos de los otros, no permitían que se



Los ciervos en noviembre

violasen impunemente los límites de sus tierras. La caza á la carrera se redujo, pues, á corto espacio, colocándose en las lindes, de trecho en trecho, un hombre provisto de un cuerno, especie de hitos vivientes que determinaban con su presencia la línea divisoria de la propiedad, é impedían, además, que las reses acosadas saliesen de ella, asustándolas con el lúgubre sonido del instrumento.

Un sistema seguido hoy en algunos países, como en los montes de Siberia por ejemplo, es una imitación del que adoptan los negros del África austral, y consiste en plantar dos setos ó vallados artificiales, muy distantes al principio uno de otro, y que van luego acercándose hasta formar un ángulo más ó menos abierto, según lo permiten las disposiciones del terreno.

En el vértice del ángulo se cava un foso bastante profundo, cubierto luego de ramas y malezas. Una vez que los monteros han logrado encerrar á las piezas entre los setos, no tienen ya que hacer más sino ir las echando hacia adelante hasta que caen en la trampa que no habían podido prever.

Hay otro sistema, que consiste en esperar á los venados en un sitio cubierto de ramaje, á cuyo puesto se llamaba antes, en algunos países, *bercelle*, y especialmente en Italia, palabra de donde proviene la de *bersaglieri*, valientes y expertos cazadores que después formaron un cuerpo militar en los Estados sardos.

La persecución del ciervo ha tenido siempre los honores de ser la gran montería, la caza real por excelencia.

El venado es un animal de carácter dulce, se espanta al menor ruido y se muestra temeroso del hombre. Si hace uso de las armas que la naturaleza ha puesto en su testuz, es cuando no puede evitar el choque, que es violento y funesto casi siempre á los seres que se oponen á su paso. Á pesar de su agilidad y de su fuerza, no gusta de hacer daño, inventando mil medios y astucias para esquivar la lucha. La prueba más elocuente de su habilidad y de su instinto nos la suministra aquel célebre venado que, perseguido en el bosque de Fontainebleau, desemboca en un llano, y, encontrando una piara de búeyes, salta sobre el lomo de uno de ellos, haciéndose así conducir gran trecho sin que sus pezuñas tocasen la tierra. De este modo la jauría perdió la pista porque no veía las huellas del astuto animal, que, gracias á la estratagema, pudo librarse de los dientes de sus enemigos.

La caza del venado á la carrera es de las más costosas que pueden practicarse, á causa del número de servidores, de caballos, y, sobre todo, de perros, que es preciso mantener para hacerla con todas las reglas del arte. Los perros son los que levantan á la res, y, una vez descubierta, se desatraillan á los mejores de la jauría, que son los que la dirigen cuando empiezan á acosar al animal.

Éste vuela con la rapidez del aire, siguiéndole una especie de tromba fantástica, la cual va dejando tras sí el eco de las bocinas, el del galopar de los caballos, los gritos de los jinetes y los ladridos de los perros, que, según se ve en el grabado que acompaña á este artículo, no se detienen por ríos ni obstáculos de ningún género.

El venado, al fin, como acontece al de nuestra lámina, rendido de fatiga, se entrega á los que le hostigan sin cesar, exhalando el último suspiro cuando el cazador que llega primero le clava el cuchillo en el corazón, usando del derecho que le corresponde.<sup>(1)</sup>

## II

Cuando las armas de fuego no habían alcanzado el grado de perfección necesaria á hacer de ellas un uso rápido y seguro entre los cazadores, la caza á la carrera, especialmente para las reses, que entonces constituía una de las prerrogativas de los príncipes y magna-

tes, era la más importante, y tenía mayor encanto cuanto mayor era el aparato que se desplegabá para su ejecución.

Se puede afirmar que la caza de fuerza ó á la carrera es la sucesora de la caza de alto vuelo, llevando en sí el mismo fausto, igual pompa caballeresca, y puede decirse que era una continuación de las tradiciones de la edad media; pues correspondía al lujo y faustuosidad de unos tiempos que tan del gusto eran de aquellos Príncipes, dados á las grandes festividades caballerescas y á pasatiempos belicosos.

El más alto grado de esplendor lo alcanzó la llamada *Cacería francesa* hacia fines del siglo XVII y principio del XVIII, durante el reinado de Luis XIV, que tan aficionado fué á la ostentación en todas sus formas.

Los cazadores perfectos, los que también son venadores, saben por demás cuanto se necesita para formar un tren de caza en estos tiempos; pero todó esto es nada comparado con lo que entonces se requería para ejercitar la caza con el boato que se usaba, tanto en el número como en la calidad y sostenimiento de monteros profesionales, directores de jaurías, tañedores de bocinas ó de trompas, números de caballos de caza, jaurías que contaban los perros por cientos, y el coste extraordinario que ocasionaba el personal, tanto más cuanto que por entonces se apreciaban más las cosas cuanto más dispendiosas eran.

Sólo se concibe la pasión que se tenía por ese *sport* consultando los datos estadísticos de aquella época. El Conde de Eu y su hermano el Príncipe de Dombes apresaron, desde 1725 á 1740, con sus jaurías, nada menos que 1,003 ciervos, persiguiendo inútilmente otros 268. Las jaurías del Príncipe de Condé hicieron en el año 1778 casi un imposible, matando 165 ciervos.

En casi todas las Cortes de Europa se ejerció la caza á la carrera. Sajonia fué el país que lo dejó después de todos en 1827.

Más tardé volvió á restablecerse la afición, y hoy día son innumerables los trenes de caza existentes en el continente, sin mentar á Inglaterra, que cuenta con más de 324 jaurías, que arrojan la enorme suma de 20,000 perros sabuesos. Francia cuenta también un número respetable de trenes de caza y de venadores inteligentes. Alemania, Austria é Italia también tienen sus jaurías, aunque en menor número. En España existe la de la Sociedad de Caza de Madrid, que caza á la carrera con sabuesos; pero en cambio en toda tierra llana existen traillas de galgos, en tan gran número que excede á todo cálculo, pues no hay pueblo donde no se tengan galgos para correr liebres. Por esta causa

(1) *Ilustración Venatoria* núm. 3, año II.





CAZA DE VENADOS



esta especie silvestre no prospera, pues no le dejan un momento de tranquilidad.

Volviendo á la caza de fuerza, diremos que tenía momentos solemnes.

1.º La busca y certificación de la res por medio del perro buscador ó de trailla.

2.º Cuando se soltaba la jauría.

3.º Cuando la jauría hacía un marto (perder la pista).

4.º Hacer alto á los perros para ponerlos de nuevo en la pista que han perdido.

5.º Tener la res á la vista.

6.º Reunión.

7.º Fanfarria de agua, cuando la res se lanzaba el agua.

8.º Halalí, cuando la res se sentaba ú hociaba y debía ser rematada; y

9.º Res muerta.

Todos estos actos se anunciaban por medio de las trompas de caza, que lanzaban al aire alegres fanfarrias.



Lo más indispensable en este género de cacerías era disponer de buenos perros de trailla si se quería cazar con buen éxito, así como de un número muy suficiente de sabuesos bien probados, de mucha resistencia y ligereza. De aquí se puede deducir cuanto cuidado pondrían en conservar puras las razas y en el fomento de las mismas.

Además de la caza de fuerza se practica la caza del zorro á la carrera, que aun existe en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria-Hungría, en tanto que la caza de estas reses se va reduciendo á medida que va siendo mayor el perfeccionamiento de las armas de fuego.

La caza del zorro á la carrera, tal cual hoy se practica en Inglaterra, más que *sport venatorio*, es un *sport hípico*; y, según se ve en las correspondencias de ese país, está llamado á desaparecer en breve espacio de tiempo, por los graves perjuicios que causa á la agricultura, ya que no desaparezca ante otras consideraciones dignas de tenerse en cuenta.

## CAPITULO X

### CAZA DEL ALCE Y EL CORZO

I



El alce pertenece á la familia cervina y es el mayor representante de ella. Es del tamaño de un caballo grande. Habita en los bosques de la parte más oriental de Europa y del occidente

de Asia, desde el Caspio hasta el mar Ártico. También se le encuentra, aunque con menos frecuencia, en los bosques de Finlandia, Kurlandia, en Polonia y en la Prusia oriental. Hasta mediados del siglo pasado era muy frecuente en la Europa central. También se encuentra hoy en el norte de América. En el Canadá es tan común, que su piel se vende á bajo

precio y constituye uno de los artículos de grande exportación.

El alce adorna su cabeza con una cuerna corta en forma de pala, pero no tan bella y airosa como la del gamo; es más tendida hacia los costados y se inclina al suelo; carece de rosetas, garcetas y candiles; son muy anchas y en forma de palma de mano, bordeada de pequeñas puntas que la festonean.

Esta cuerna se desarrolla en la forma siguiente: á los pocos meses de haber nacido el alce, le despunta por unos pequeños pitones que en el mes de setiembre tienen una pulgada de longitud. Por la primavera del siguiente año tienen de 7 á 8 pulgadas. Tanto ésta como las cuernas sucesivas, van forradas con una basta ó borra de color pardo muy oscuro, que está adherida al cuerpo, hasta que por setiembre éste está duro y festoneado de puntas. Para entonces es cuando las monda frotándose en los árboles jóvenes.

Á fines de abril ó primeros días de mayo del siguiente año desmoga y vuelve á adornar su cabeza con dos borquillas, que en agosto se han endurecido lo suficiente para ser montadas. Por la forma de sus cuernas, éstos se llaman también *estaqueros* y *borquilleros*, como el ciervo de igual cuerna.